

# CRONICA DE LA POLITICA NACIONAL

## ESPAÑA ANTE LA PAZ.

Llegó por fin la terminación de la guerra al Continente europeo. Después de seis años de terribles y sangrientas batallas, cuyas dimensiones cósmicas jamás habían sido alcanzadas en querellas anteriores, sonó en los campos devastados de la Europa central el último disparo y la postrera bomba de mano. La lucha había dado fin con el aniquilamiento absoluto de uno de los bandos beligerantes y la victoria aplastante del otro grupo de potencias. España, que había contemplado desde 1939 la extensión gradual del conflicto a tierras y pueblos del mundo entero y que había sentido en sus fronteras —en 1940 y en 1943— el contacto directo de los beligerantes, recibió la noticia con satisfacción, pero sin júbilo. El pueblo español, profundamente católico y occidental en sus formas de vida, no podía menos de sentirse aliviado con la llegada del fin de las hostilidades y de su cortejo atroz de muertes y destrucciones, que iban poniendo día a día la civilización cristiana en riesgo y trance de liquidación. La alegría no podía ser, en cambio, clamorosa porque el horizonte del mundo era demasiado sombrío y angustioso para echar frívolamente las campanas a vuelo ante la noticia de que la hecatombe había terminado. Se sabe cómo empiezan las guerras, pero no cómo se acaban. En esta inmensa contienda universal, por ejemplo, ¿cuántos de los objetivos esenciales de guerra del grupo anglosajón han sido alcanzados después del inmenso esfuerzo realizado? El aniquilamiento del totalitarismo, la res-

tauración de las libertades fundamentales, la desaparición de un poder militar avasallador en el Continente, la proscripción del terror político... ¿pueden darse por conseguidos en la mayoría de los territorios y países de Europa liberados? Los hombres de mayor responsabilidad y prestigio de Londres y Wáshington se esfuerzan en remediar el caos político y social que reina hoy en el Continente de la cultura, y no disimulan sus preocupaciones y temores. ¿Tiene algo de extraño que nuestra nación, apartada del conflicto y con los ojos limpios de prejuicios, contemple el horizonte con cierta ansiedad?

Erraban, en cambio, los agoreros de siempre que anunciaban fieros males al sonar en el reloj de la Historia la hora de las doce en punto en los primeros días de mayo. Como en los terrores del Milenario o en las consejas de aparecidos, muchos suponían y anunciaban fulminantes catástrofes interiores al caer la última campanada. Nada ocurrió, sin embargo. Siguió la vida nacional discurriendo por los cauces de normalidad y trabajo habituales. Pasado el sensacionalismo periodístico y radiofónico de los días cruciales, volvió la opinión pública nacional a la temperatura saludable. Hasta la Bolsa, hiperestésica siempre, acogió el fin de la contienda con una firme reacción alcista, síntoma de confianza y serenidad. El Régimen había ganado una nueva batalla al temor y al bulo.

#### LAS TRES ETAPAS DEL MOVIMIENTO NACIONAL.

Mirando hacia el pasado se adivinan en los últimos nueve años las líneas de inflexión y evolución que caracterizan —como a toda obra humana— nuestra política. Viniendo a lo concreto del Alzamiento de Julio, obsérvase ahora con neta precisión (que los historiadores del mañana subrayarán con mejor perspectiva) las etapas en que fué madurándose su evolución. Hubo primeramente la de la guerra de liberación misma: etapa dura, difícil, de improvisación militar y política, en que había de rehacerse todo: Estado, burocracia, gobierno, legislación, al compás de las victorias militares y de los

ingentes problemas de la guerra civil. Fruto de ella resultaron la unificación política de las masas nacionales en los moldes de una organización integradora y la exaltación a la Jefatura del Estado y Gobierno a la persona que encarnaba y regía las Fuerzas Armadas de la nación: el Generalísimo Franco. Aquella etapa duró tres años y desembocó casi sin reposo ni tregua en una gravísima situación exterior a la que éramos totalmente ajenos y que se llamaría con el tiempo la segunda guerra mundial. Sobre el complejo problema de restaurar nuestras heridas y quebrantos vino a simultanearse la espinosa defensa de nuestra independencia y neutralidad y la necesidad política de adecuar ciertas formas rituales externas a la entonces vigente homogeneidad de casi toda Europa. Ello se logró sin alterar en lo sustancial ni uno solo de nuestros principios auténticos y salvando nuestra personalidad y lo que es tan importante, nuestra paz, en tentaciones y encrucijadas harto peligrosas. Ningún régimen en las circunstancias del nuestro hubiese llegado a hacer más, aunque pudiera en detalles acaso haberlo hecho mejor. Pero "en lo principal", como el Alcalde de Zalamea, acertó y acertó de lleno. Y en la vida histórica como en el drama calderoniano eso es lo que cuenta.

Llega por fin la paz anhelada. España, libre de trabas exteriores y de ligaduras, con su patrimonio espiritual intacto y el inmenso caudal de entusiasmo vital y político del Alzamiento de Julio, se apresta a desembocar, bajo el mando del Caudillo, en la tercera etapa del desarrollo político. Pasadas las coyunturas excepcionales de la guerra interior y del conflicto externo que coaccionaba nuestra libérrima evolución con el imperativo de necesidades ineludibles, puede hoy el Movimiento echar los cimientos de un Estado definitivo arraigado en la histórica sustancia de nuestras tradiciones y de nuestra idiosincrasia secular. ¿Cuáles han de ser estos fundamentos? Evidentemente los del Derecho público cristiano, primer aglutinante de nuestra nacionalidad. A ello tienden los esfuerzos y trabajos que por doquier se anuncian. En las Cortes se hallan ya para su estudio y discusión dos de estos cuerpos de doctrina fundamentales: el Fuero y la ley de Administración local. Como grandes rodajes de una maqui-

naria política y social aspiran a ir creando las instituciones subalternas y el clima necesarios para dar estabilidad y equilibrio a la vida política de España. Pero tras ellos se adivina ya —sin que ello suponga revelar un secreto— el perfil tradicional de la gran Institución histórica, que, según recientes palabras de Franco, “antaño fué y podrá ser nuevamente, mañana, clave del arco de nuestra grandeza”.

#### EL FUERO DE LOS ESPAÑOLES.

La inspiración cristiana del Estado español precisaba un estricto reconocimiento de las libertades fundamentales de la persona humana, cuyo valor supremo afirma con energía frente a toda tendencia colectivista. No es nuestra proclamación de las libertades meramente abstracta, sino concreta y con una clara y definida proyección política. Es curioso ver cómo en la baraúnda de dogmas políticos que cruzaron sus fuegos en los largos días recientemente acabados de transcurrir, se enfrentó a la democracia con el totalitarismo, pero apenas si han sido reivindicadas la libertad y la dignidad del hombre. Parecía como si el único problema sustantivo era el modo de producirse las decisiones populares, la emanación democrática o no de los poderes públicos. Entonces fué el Papa Pío XII, en el Mensaje de Navidad de 1942, quien en un documento memorable, el más importante texto político del siglo, fijó en sus verdaderos términos el problema político. Lo grave de los sistemas políticos controvertidos no era tanto el modo de ser proclamados los gobiernos como el desconocimiento de los valores perennes e inalienables de la persona humana. Y fijó entonces una tabla de derechos de la persona que, remontrándose sobre los principios abstractos de las declaraciones revolucionarias, tomaba su apoyo en la concepción cristiana del hombre. España acogió inmediatamente las palabras del Pontífice y comenzó a elaborar una Carta de libertades que diese a su Régimen plenitud de sentido. A esto responde el “Fuero de los españoles”, elaborado por el Instituto de Estudios Políticos en el año 1943, y que ahora está siendo objeto de estudio por las Cortes para su inmediata aprobación. No

preocupa a los gobernantes españoles la interpretación que en los medios demagógicos del mundo se dé a tan importante ley constitucional. España se mueve por principios éticos profundos, no por ninguna "dialéctica" turbia al modo de la que domina en el Oriente de Europa. Se da hoy el caso pintoresco de que la nube de corresponsales extranjeros que deambulan por el territorio nacional —muchas veces para urdir fábulas injuriosas contra España— lo hace con una absoluta y total libertad para ver, inquirir, preguntar... y deformar en cuanto les venga en gana. Semejante hecho, que nadie podrá desmentir, no impide que oficialmente seamos considerados en los países que reciben y publican tales crónicas como el país que carece de libertad en el Continente. Son, en cambio, países libérrimos Polonia, Austria, Hungría, Rumania, Bulgaria y Yugoslavia, en cuyos territorios no ha puesto aún —desde su liberación— la planta ningún periodista extranjero para informar a su periódico. El contraste es demasiado picante para que no lo señalemos de pasada.

Se va a dar estado oficial solemne y público a las libertades que han existido siempre en nuestra Patria en una u otra forma, acomodadas a la estructura de cada época y a las formas políticas, sustantivamente variantes a través de la Historia. El movimiento nacional no vino a suspender la libertad, sino, por el contrario, a abatir la dominación de la doctrina política marxista, la más irreconciliable con la libertad de cuantas en el mundo han existido después del antiguo despotismo oriental. Algún día se verá claro cómo el pueblo español ha sido, en nuestro tiempo, el primero que se alzó por la libertad cristiana, esencia última de nuestra civilización, contra el materialismo colectivista. Lo que ahora va a hacerse es expresar ante el mundo y los españoles que un régimen basado en el Derecho público católico no puede caer nunca en el absolutismo de Estado, ni en la absorción del individuo, ni en la privación de ciertas actividades que no sólo son lícitas, sino necesarias al normal desenvolvimiento del pueblo español.

Pero la libertad sólo es posible cuando se mueve dentro de límites claros. De ahí que se precise un cauce jurídico definido para proteger y limitar las libertades proclamadas. Sin esa doble función —la de garantizarlas y la de circunscribirlas— el

“Fuero” no tendría valor ni sentido. Precisamente lo que le da veracidad y viabilidad es esa doble misión de señalar los hitos y amparar su ejercicio.

Hasta etimológicamente responde a ello la denominación. No otra cosa eran en lo sustancial los Fueros antiguos de Villas o Ciudades y aun los de Hermandad o Hidalguía. Nada que no sea protección y demarcación de libertades y derechos individuales frente a los Poderes omnímodos medievales se encuentra en los textos y códigos forales antiguos. Aforar valía tanto como liberar de servidumbres y pechos. La Corona de Castilla, de León, de Navarra o de Aragón marchaba siempre en vanguardia en esta línea de dignificación ciudadana. Los Reyes de la España medieval, fraccionada y dispersa, coincidían en esta común trayectoria de profundo sentido jurídico, político y humano, tropezando con la resistencia tenaz de los señoríos feudales y de los nobles opuestos a la emancipación. La emancipación de la persona humana de las presiones colectivas de la más diversa forma, es la que hoy, de acuerdo con su profunda inspiración católica, va a proclamar el Estado español.

#### EL PROBLEMA DE LA VIDA LOCAL.

La otra ley fundamental que comentamos trata de sentar las bases para un funcionamiento automático y definitivo de las células de mayor importancia en la estructura vital de España, queremos decir de los Municipios. Es viejo este achaque de nuestra contextura interior, pero lo cierto es que desde hace muchos decenios la vida municipal española, salvo excepciones geográficas conocidas, es raquítica y endeble. Ello repercute en la vida provincial, compendio de las anteriores y aquejada también de consunción congénita. En realidad es éste un grave problema que data de siglos y en cuya etiología no queremos profundizar por temor a divagaciones. Lo cierto es que no hay gobernante español que en los últimos cincuenta años no haya estudiado este aspecto de nuestra vida política

con ánimo de buscar soluciones inéditas. Los proyectos de Maura y Calvo Sotelo, frustrado el primero y promulgado el segundo, aunque nunca fuera real su plena vigencia en el territorio nacional, significaron ya en su tiempo un considerable avance en la materia. Ahora, después de dos años de estudios con los máximos asesoramientos técnicos y jurídicos, se presenta al fin a las Cortes un proyecto de Ley de Bases, que abarca sustancialmente todos los aspectos de la vida local. Los Municipios y las provincias tendrán en este cuerpo de legislación un cauce ancho y flexible en el que se recogen las enseñanzas y la experiencia de los últimos cien años.

Principio muy importante de la nueva estructura habrá de ser el sistema elegido para designar los regidores municipales en Ayuntamientos grandes o pequeños. La nueva Ley de Bases admite en cierta medida el origen democrático de las designaciones por medio del sufragio restringido de los padres de familia, a la manera del antiguo voto fogueral en los territorios de Fuero y privilegio. Entran también en la designación las organizaciones gremiales y sindicales del término o provincia. Y se utiliza asimismo la elección de segundo grado para las restantes designaciones provinciales. La Ley aspira de este modo a dar un automatismo grande a la constitución de los Ayuntamientos, reduciendo a lo indispensable la fiscalización estatal.

El pueblo español a través de sus naturales agrupaciones, como la familia y el gremio, participa, pues, de un modo directo en la designación de sus regidores locales. De entre éstos surge más tarde otra intervención que elige por mecanismo indirecto parte de las Cortes. Así, puede decirse que se trata de ensayar una base democrática en el funcionamiento interior del Estado y que se quiere entroncar dicho principio con la mejor y más sana tradición de nuestro pasado histórico, que buscaba para el pueblo cauces, limitados pero amplios, de ejercicio de los derechos políticos.

## LA LEYENDA NEGRA Y LA REALIDAD ESPAÑOLA.

Una ola inmensa de rencor y de estupidez agresiva se levanta en estos momentos en ciertos sectores de la opinión pública mundial contra España y su gobierno. Esta avalancha de dictérios, instrumentada por los emigrados de distinto matiz y recogida con fruición por algunos países a través de sus periódicos y radios, culmina en los días presentes de la postguerra recién estrenada en la que todos los incidentes y episodios son pretexto para arreciar la campaña antiespañola. El mundo presencia un recrudecimiento de la leyenda negra a la que desde los tiempos de Felipe II están bastante acostumbrados, por cierto, los oídos nacionales. Se nos injuria y calumnia de un modo sistemático y violento, y las más burdas patrañas adquieren carta de naturaleza incluso en las páginas de periódicos solventes. A veces el propio Gobierno se ha creído en el deber de salir al paso del infundio desmintiéndolo o invitando a los periodistas extranjeros a comprobar con sus propios medios de información lo falaz de la especie. En otras ocasiones la respuesta ha sido más contundente aun: por ejemplo, en la debatida cuestión de los "prisioneros" de nuestra guerra de liberación. Como es bien sabido, no existen tales prisioneros desde que la liquidación rápida y generosa de las responsabilidades políticas fué llevada a cabo en los últimos meses con un ritmo de urgencia. Lo cual no es obstáculo para que radios y periódicos extranjeros difundan noticias truculentas sobre los cientos de miles de españoles que gimen, por lo visto, en los ergástulos. Y, efectivamente, con fecha 13 de abril el Gobierno se reunió en Consejo de Ministros acordando no sólo dar por concluida toda la obra de justicia derivada de la guerra de liberación, sino autorizar a los consulados y representaciones de España en el mundo a recibir y tramitar toda petición de españoles emigrados que desean repatriarse en condiciones y términos de la más humana y amplia solidaridad nacional.

La leyenda negra, que pudo servir un día para derribar a D. Antonio Maura y cerrarle prácticamente las puertas de



acceso al Poder en lo sucesivo, tropieza hoy con una muralla infranqueable ante la que se mellan sus colmillos afilados y corvos. Esta fortaleza es la unidad interior del país, unánime en su opinión pública. Podrán discrepar los españoles en materia de detalle, no en lo sustancial y evidente. La guerra de liberación, con su inmenso cúmulo de sufrimientos y heroísmos, aglutinó para varias generaciones el sentir de nuestra gente. Y el aleccionador espectáculo de ciertos países de Europa sirve como antídoto supremo para cualquier desfallecimiento o blandura que ante el vocerío de los energúmenos sintiera la clase dirigente.

#### UN PALADÍN DE LA VERDAD.

En América del Norte resuena, sin embargo, de cuando en cuando, la voz de un espíritu independiente, liberado de prejuicios y tópicos que se alza en favor de la verdad.

A comienzos del año presente, Mr. William Thomas Walsh, el eminente escritor católico, autor de las conocidas obras sobre Felipe II y la Reina Católica vertidas al castellano, pronunció una importante conferencia sobre *El caso de España*, que constituye el más formidable alegato en favor del Alzamiento de Julio y del régimen de Franco. La revista *The Leader*, de San Francisco de California, insertó en sus páginas la versión literal del discurso de Walsh. Tan honrada y veraz es la dialéctica del pensador americano, apoyada de modo exclusivo en su catolicismo profundo y militante, que no vacilamos en reproducir íntegramente el texto aparecido en *The Leader*. He aquí las palabras del autor de *Isabel de España*:

“Cuando califico de crucial a la situación de España no echo en olvido el predicamento más trágico en este momento de Polonia, y no he olvidado las advertencias de Chesterton y Belloc de que el tratamiento de esa católica nación sería una prueba primaria de la sinceridad de las grandes potencias y un indicio de la dirección de los asuntos mundiales.

Cada día se hace más claro que los pequeños países por cuya independencia —ostensiblemente— fué emprendida esta maligna y fútil guerra, están siendo abandonados, traicionados, malvendidos por los mismos elementos que pretenden ser sus campeones. Rusia ha expresado claramente que no tolerará interferencia alguna con su bolchevi-

zación de Polonia, de cuya población ha deportado ya más de 1.700.000, la mayor parte de los cuales han sido asesinados, y una minoría condenada a muerte en vida en Siberia. En Lituania los bolcheviques están matando millares de cristianos, hombres, mujeres y niños inocentes. A Finlandia se la está robando de sus recursos principales, y se la soviétiza.

¿Recuerda alguien aquella "pequeña y valiente Finlandia", la única que pagó sus deudas de guerra, y que tan denodadamente soportó la invasión soviética de 1939? "Iremos todo el camino junto a Rusia", dijo Mr. Churchill. Nuestro Gobierno sigue aparentemente la dirección de Inglaterra en este asunto. Y, por lo tanto, existe perfecta unanimidad entre las Naciones Unidas. Y las pequeñas naciones yacen postradas. Y el Soviet parece probable que dominará tanto Europa como Asia.

### *El comunismo crece.*

En el hemisferio occidental —y no se olvide que lo que Lenin y Trotsky proclamaron no fué un Soviet ruso, sino una Unión Mundial de Repúblicas Soviéticas— hay una gran intensificación de la actividad comunista. En la ciudad de Méjico, centro estratégico de la intriga roja en este hemisferio, el camarada Oumansky sirve champaña y caviar aun más pródigamente que lo hacía en Washington. Y allí el Gran Oriente, expulsado de Europa por la guerra, ha establecido su nuevo cuartel general con una reunión de reorganización, a la que asistió por lo menos un prominente masón de los Estados Unidos, de la Jurisdicción Unida de los Estados Meridionales, procedente de la capital de Washington. Los comunistas se jactan de que, operando desde Méjico, establecerán el primer mundo soviético en Ecuador, Colombia y Venezuela. Lo que hacen en los Estados Unidos es ya notorio.

Ahora bien, se si me pregunta qué tiene todo esto que ver con España, acerca de la cual se me invitó a hablar, yo replicaré que esto tiene muchísimo que ver con España, y es un prefacio necesario a lo que tengo que decir. En esta desgraciada historia del progreso del comunismo ateo hacia la dominación mundial, hay un hecho que resalta espléndida y gloriosamente. Los rojos hallaron su primera derrota de importancia, y ésta fué decisiva, en la Península Ibérica en 1936. Allí, la profecía de Lenin, que Europa ardería por ambos extremos, que la segunda República Soviética sería la española, quedó anulada y sin efecto por el valor de hombres cristianos. Allí, las oleadas del odio de Satán se estrellaron en vano contra la roca eterna de la fe católica.

Esto es una antigua costumbre española, decepcionadora para los enemigos del orden cristiano. Los católicos españoles han estado jugando a este juego durante siglos. Durante setecientos setenta y siete años resistieron a los militaristas mahometanos, adheridos a la fe en la derrota y en la victoria, hasta la consecución del final triunfo bajo Fernando e Isabel.

Ha sido privilegio de los españoles participar de un modo particular en el *odium Christi*, el odio peculiar que el Príncipe de este mundo ha instigado siempre contra el nombre de Cristo y de su Santa Iglesia. Fueron atacados por coaliciones exteriores y por la intriga interior; por espías internacionales, que dieron información comercial o militar a sus enemigos, y por el oro internacional, que equipaba a éstos; hasta que, paso a paso, fueron despojados de su imperio y, finalmente, reducidos a la inerte apatía por los políticos del Gran Oriente en preparación para el golpe de gracia. El gran momento pareció haber llegado, como sabéis, en 1936.

Entre tanto el peligro había sido ya previsto mucho antes desde la torre vigía de San Pedro, junto al Tiber. Hace precisamente sesenta años —en 1884— el gran Papa León XIII advirtió solemnemente al mundo entero de una conspiración para destruir su paz y prosperidad, su cultura y civilización cristianas. Dijo que la masonería, entonces, con sus agentes en casi todos los Gobiernos, era el verdadero manantial de la propaganda socialista y comunista, y habló de una deliberada campaña para minar la vida cristiana con libros, teatro e ideas inmorales. Si el Cristianismo no se unía para arrancar la careta del rostro de este mal universal, dijo, “la ruina y el derribo de todas las cosas debe seguir necesariamente”. Al resumir su pontificado, veinte años más tarde, en 1902, se lamentaba del hecho de que no se había escuchado su advertencia, y la repitió con más ardor todavía.

Los cristianos prestaron relativamente poca atención a las súplicas del Vicario de Cristo sobre el asunto. En España, demasiados de los llamados seglares católicos se hallaban secreta o abiertamente complicados en la misma conspiración. Y los dirigentes católicos de ese país se mostraron casi tan *fatuos* en su estimación del peligro como se muestran ahora los actuales dirigentes católicos de los Estados Unidos, incluyendo a no pocos de los que tenemos derecho a esperar una dirección inteligente y valiente. Más pronto o más tarde se nos castigará por este insulto a Cristo a través de su Vicario en la tierra, al igual que los españoles fueron castigados en 1936.

La mayor parte de los católicos en este país, empero, consideraron la victoria del general Franco como un triunfo de la Cristiandad. Digo más: no creo exagerar cuando afirmo que casi todo nuestro clero —el padre La Fargue en América, por ejemplo— y la mayor parte de nuestros elementos legos, a excepción de unas cuantas víctimas de la gran herejía moderna del “Terreno Común”, aceptaron la emocionante presentación de este punto de vista por los obispos españoles, y su enunciaci3n todavía más vigorosa por el Papa Pío XI, que atribuyó la tragedia a “un odio verdaderamente satánico a Dios y la Humanidad que El redimió” bajo “aquellas fuerzas que ya dieron ejemplo de lo que eran en ataques subversivos contra toda clase de orden desde Rusia a China, desde Méjico a la América del Sur”. Nosotros estábamos relativamente unidos sobre este particular en 1939. Esto fué cinco años:

atrás solamente. Hoy, la España católica cuenta con pocos amigos entre los católicos americanos que levanten una voz en favor suyo. ¿Qué ha sucedido?

No creo que el encarcelamiento por el Gobierno español de criminales que hubiesen sido encarcelados o ejecutados en cualquier país civilizado sea un hecho suficiente para explicar nuestra cambiada actitud. Una causa más probable es el paralizador efecto, sobre la mente y la voluntad, de una propaganda astuta e incesante, que estimula la histeria del odio por una parte y la vergonzosa timidez por la otra. Hay, ciertamente, un elemento de cobardía en nuestro silencio actual. E, indudablemente gran parte del sentimiento amistoso de los católicos americanos por la causa de Franco se ha enfriado por la gran influencia en ciertos círculos de M. Jacques Maritain. Por mucho que yo respete la reputación de este caballero en su campo propio de la filosofía, dudo mucho de su competencia como historiador de la guerra civil española.

Por una ironía histórica, la única palabra reciente pronunciada en pro de la España católica, es decir, de la España de Franco, fué dicha por el primer ministro de Inglaterra. La opinión conservadora inglesa se ha despertado al hecho de que, al destruir un monstruo, Inglaterra ha hecho levantarse a otro igualmente cruel y mucho más poderoso, un monstruo de Frankenstein, que amenaza destruir su Imperio. ¿No se proclamó abiertamente por Lenin y Trotsky que antes de que pudiese tener realización el comunismo mundial tenía que quedar desecho el Imperio británico?

Por poco que Inglaterra se preocupe por Franco o por la Iglesia católica de España, habría de perferir verlos allí que no ver la potencia soviética. Su línea vital está ya en bastante peligro con esa potencia soviética en el Bósforo y en el Adriático, sin tenerla también en el Estrecho de Gibraltar. No puede permitirse tener al comunismo en España, ni en ninguna parte de la Europa occidental. De ahí la propuesta de Mr. Eden por un bloque de Estados continentales europeos para protegerles contra toda futura agresión —¿y por quién? Por Alemania, nos dice; la Alemania que debe quedar aplastada e impotente para siempre—. No sería político para Mr. Eden decir que el bloque constituirá una desesperada medida de defensa contra el Soviet militarista y victorioso; pero ésta es la verdad del asunto, ésta es, obviamente, la intención, y no se podría imaginar culminación más fantástica a esta loca tragedia que lo que ya se comienza a discernir: una tendencia por parte, tanto de Inglaterra como de Rusia, de cortejar a Alemania, una y otra, esperando, después de la caída de Hitler, utilizar lo que quede de ella como parapeto del uno contra el otro.

Así, la "guerra para terminar todas las guerras" termina con la amenazadora pesadilla de guerras mayores y peores, al paso que los patriotas americanos, pagándolo caramente, como de costumbre, se preparan a gozar de una paz que puede resultar ser parecida a la confitura

ofrecida por la Duquesa Blanca a Alicia: "Teníamos confitura ayer y la tendremos mañana, pero nunca hay confitura hoy."

Inglaterra cultiva la amistad de España como cosa de su política de poderío, pero con la misma facilidad la abandonará si ello está de acuerdo con sus intereses. La abandonará, ciertamente, si ella misma se izquierdiza y queda absorbida en un Estado mundial dominado por la Rusia soviética —lo cual no es, en modo alguno, una cosa imposible—. ¿Qué será entonces de la España católica? Bueno, tendrá a Dios a su lado, y, ciertamente, necesitará Su omnipotente ayuda, porque no tendrá ya amigos sobre la tierra. A juzgar por el tenor de la prensa soviética, y del de una parte de nuestra propia prensa, puede fácilmente imaginarse lo que el tal estado mundial podría hacer a España. El Gabinete mundial podría hallarla culpable de "agresión" por uno u otro pretexto cualquiera, y entonces enviar flotas aéreas internacionales para volar sus ciudades, exterminar su población, extraer todo rastro de aquella fe cristiana que la ha preservado hasta ahora de todos los designios y violencias de sus enemigos. ¿Qué podríamos hacer en este caso nosotros los americanos? Se nos dice que nuestro representante tendrá autoridad para votar por la guerra contra cualquier agresor sin consultar a nuestro Congreso. Incluso podríamos no saber nada de su acción hasta que tuviésemos noticia de la destrucción de Madrid o de Sevilla.

¿Y quién creen ustedes que habrá de ser nuestro representante en el Gobierno mundial? ¿Será, acaso, Jim Farley, como recompensa por todos sus servicios a la democracia? ¿Será Joe Kennedy? ¿O será, incluso, el magistrado Murphy? Es más probable que sea algún iniciado discípulo de aquellos planeadores mundiales en Washington, que reciben instrucciones tan frecuentemente de aquel otro planeador mundial al otro lado del mar, el profesor Harold Laski, el mismo que, en su ciega y arrogante soberbia, ha vaticinado la completa desaparición del Cristianismo como fuerza mundial en veinticinco años.

En nombre del sentido común, ¿cuándo vamos a despertar nosotros? Nosotros, católicos, todavía podríamos hablar con influencia si nos lo propusiéramos. Pero permanecemos silenciosos, aturdidos, atontados por la propaganda, como borrachos por el secularismo y el materialismo, con el ánimo enfermo por las maniobras solapadas, las falsas adulaciones y las transigencias.

Una causa de nuestra inercia, por lo que concierne a España, es, sin duda, una idea vaga de que la alternativa a Franco sería una forma de democracia, tal como nosotros estimamos y nos gusta creer que poseemos en ese país. Sus enemigos prometen restablecer allí la democracia que funcionaba tan magníficamente antes de que él interviniese, como instrumento de los fascistas, en 1936. Echemos una mirada a la democracia que Franco destruyó.

Fué en 1920 cuando Lenin montó la sección española del Komintern. Cuando el Rey Alfonso se marchó, en 1931, falsamente persuadido de que había perdido una elección, la prensa soviética recibió con júbilo

la oportunidad para fomentar los intereses comunistas en España, tras un frente democrático de varios partidos, controlado y unido en su mayor parte por los masones del Gran Oriente. Se enviaron desde Moscú a dos camaradas para dirigirlo todo, y en 1932 había en España 10.000 comunistas que confesaban serlo —mayor proporción, incidentalmente, que los 30.000 que se apoderaron del poder en Rusia en 1917—, además de varios centenares de millares de socialistas radicales, que eran definitivamente marxistas. Algo de esto oímos en los Estados Unidos, pero oímos mucho más acerca de las grandes riquezas de la Iglesia, como justificación de la persecución, que prontamente se puso en movimiento contra ella.

*El comienzo de la rebelión española.*

De hecho, la Iglesia no poseía riquezas, por la sencilla razón de que la habían robado sus bienes, unas décadas antes, los políticos del Gran Oriente, y en 1932 todos los edificios eclesiásticos, a excepción de las propiedades de los jesuitas (que fueron confiscadas entonces) pertenecían al Estado. A pesar de ello, muchos fueron quemados por los rojos, organizados en bandas, sin la menor interferencia de la "democracia". Los católicos se alarmaron tanto, que en 1933 fueron a, las urnas en gran número, votando sus esposas por vez primera, y lograron la victoria. Lógica, legal y moralmente, debieron haber formado entonces un Gabinete y tomado la Administración a su cargo. Los izquierdistas amenazaron entonces que si esto ocurría, ellos replicarían con la revolución mundial. Antes de ver a su Patria desgarrada por la guerra civil, los líderes católicos se retiraron y toleraron que el Poder fuese a manos del Frente Popular. Su recompensa fué, en 1934, una revolución soviética, tomando como pretexto una huelga de mineros en Asturias. Los rojos tenían abundancia de armas y municiones proporcionadas por Rusia y por la Francia izquierdista, y fué sólo después de semanas de dura lucha cuando el Gobierno los derrotó.

En febrero de 1936 el Frente Popular —liberales, comunistas y demás— ganaron una elección mediante el empleo del fraude y de la violencia en gran escala, destruyendo las papeletas de votación en muchos casos. Inmediatamente, cuadrillas de rojos comenzaron a quemar conventos e iglesias y redacciones de periódicos católicos. Mientras ardían en Madrid tres grandes iglesias se impidió a los bomberos que cumplieren con su deber. Ya sabéis lo demás. Cuando las tropas del Gobierno asesinaron a Calvo Sotelo por haber osado protestar en las Cortes contra la criminal tolerancia de centenares de atrocidades contra la Iglesia, era evidente que iba a comenzar un régimen de terror rojo. Franco y otros católicos oficiales del Ejército decidieron que había llegado el momento de defender sus hogares y sus altares.

No pecaron de prematuros. Inmediatamente, el terror rojo, preparado desde hacía largo tiempo, comenzó a desencadenar su furia sobre

## CRÓNICAS

España entera. Brigadas de asesinos, en automóviles con el rótulo "Cheka" y erizados de ametralladoras, recorrieron las calles. Veinte mil iglesias fueron destruidas. Se crucificaron sacerdotes a las puertas de sus iglesias. Se arrimó el fuego a los hábitos de las monjas después de rociarlos con gasolina. Medio millón o más de indefensos civiles fueron asesinados. Once obispos, once mil sacerdotes y religiosas. Como lo señaló Pío XI, no se trataba de un furor esporádico o local, aquí y allá, contra un sacerdote relajado, mundano u opresor, sino que, por el contrario, fueron precisamente los religiosos más humildes, trabajadores y piadosos los que se degollaban con mayor encono. El propósito era el destruir la religión misma, toda religión. No había tampoco duda alguna acerca de la inspiración comunista de tan infernal levantamiento. Casi inmediatamente el embajador soviético, Marcel Rosenthal, asumió el mando en Madrid. La bandera roja, la hoz y el martillo, el retrato de Stalin, aparecieron en todas partes; el puño apretado, la "Internacional". Fué Rosenthal quien nombró a Negrín jefe del "Gobierno" cuando Azaña huyó. Y éste es el "Gobierno democrático legal" de España que grita desde la ciudad de Méjico y de España, desde Moscú y desde Nueva York para que se destruya a Franco.

### *La acusación de fascismo es falsa.*

Nos dicen que Franco es un dictador, un fascista. Bueno, supongamos que es un dictador. Pero ¿no nos dijo el presidente Roosevelt, tres o cuatro años atrás, que Rusia tenía una dictadura tan absoluta como la que pudiese encontrarse en cualquier otra parte del mundo? ¿Y hay alguien que le ponga objeciones? Por lo que afecta al fascismo, Franco ha repudiado frecuentemente su doctrina central, la supremacía del Estado sobre Dios y sobre el hombre.

Nuestro Santo Padre Pío XII no cree, seguramente, en el fascismo y debe estar bien informado, seguramente, de lo que pasa en España. El mismo año pasado, en 1943, dijo al embajador español:

"España es católica, y tan profundamente arraigado está ese árbol en el firme suelo y en los firmes pechos de sus hijos, que ni siquiera el terrible vendaval de la guerra (cuyas consecuencias lamentamos aún) consiguió desarraigarlo. Por el contrario, lo mismo que la hierba crece más verde y más recia después del temporal, vemos hoy brotar nuevamente los árboles de la fe, a pesar de que el tiempo actual es poco apropiado para la convalecencia, y la vemos crecer en fortaleza, consciente de su pasado, rebosante de espíritu propio y plenamente confiada en el futuro... Hemos seguido día tras día ese feliz resurgimiento... Nos hemos congratulado de las continuas manifestaciones de piedad y de fe, tanto en público como en privado... Os hemos oído afirmar que vuestro modo de vivir no sería completo si no fuese "profundamente católico" y que vosotros "confesáis cien veces la ortodoxia más estricta posible". Y, con gran consuelo, nos hemos mantenido en contacto con el progreso de

## CRÓNICAS

Acción Católica y nos hemos enterado de la abundancia de buenas y sólidas vocaciones para el sacerdocio. Hemos visto a Cristo triunfar en las escuelas, y hemos visto a la Iglesia levantarse de las humeantes ruinas para infundir el espíritu cristiano en vuestras leyes, en vuestras instituciones y en todas las manifestaciones de la vida oficial. Finalmente, hemos visto una vez más a Dios presente en vuestra historia.. "Bienaventurada el alma que vive en la presencia de Dios, ya que bebe de buena fuente eternamente inagotable.."

### *Lo que Franco ha hecho.*

No soy abogado defensor de Franco. Mi interés por él es, primariamente, el interés de un católico. Un gran estratega militar no es siempre un acertado administrador civil, como sabemos por experiencia con nuestro propio general Grant. Debe consignarse, sin embargo, que Franco tuvo que vencer grandes dificultades y que ha logrado mucho.

Tuvo que restaurar las granjas de labranza devastadas por los rojos y reconstruir las fábricas que éstos destruyeron. Tuvo que restaurar ciudades enteras. Para reconstruir las 20.000 iglesias quemadas prestó fondos del Gobierno, sin réditos. Ha restablecido las enseñanzas religiosas en todas las escuelas, incluyendo las Universidades. En las grandes urbes ha erigido manzanas enteras de viviendas, modeló para las familias de trabajadores, a bajos precios de alquiler. En España no hay desempleo ni parados.

A pesar de que toda la reserva de oro, superior a quinientos mil millones de dólares, fué robada por los llamados "leales" y expedida a Moscú, el Gobierno posee ahora una reserva satisfactoria, y hay informes de su excelente estado financiero. Los españoles están más prósperos, en conjunto, de lo que lo estuvieron durante muchos años. Tengo la impresión de que Franco ha conseguido asegurarse el afecto de lo que Pío XII llamaba la "parte sana" del pueblo español. Esto no obstante, puede venir el día en que se cansen de su administración y deseen un cambio. Os aseguro que si surge tal demanda del pueblo español, yo no me sentiré en la obligación de hacer ninguna campaña en favor del Generalísimo. Esto es cosa del pueblo español.

Pero cuando el grito contra Franco procede de la controlada prensa soviética y encuentra eco en la prensa roja y en la prensa "rosada" y en sus "compañeros de viaje y secuaces" de este país; cuando emana de los refugiados internacionales en la ciudad de Méjico y en Moscú, cuyas manos están todavía teñidas con la sangre de los sacerdotes y monjas españoles; cuando el alboroto lo arman tan robustos patriotas españoles como Pierre van Paasen, que se atreve, en las sectarias páginas de *The Protestant*, a llamar "fascista" al propio Vicario de Cristo, entonces —digo yo— se hace materia, se hace sagrada obligación de todos los católicos, en todas partes, hablar en defensa del caballero católico y del pueblo católico; porque el ataque contra ellos es obviamente



un disfrazado ataque contra la Iglesia de Cristo, y el verdadero motivo de queja de sus enemigos consiste precisamente en que Franco salvó el orden cristiano de España y los restos de la cultura cristiana en la Europa occidental de los asaltos del comunismo ateo. ¡El carnicero Franco! Si esos individuos objetasen realmente a los carniceros como tales, denunciarían en primer lugar al rey de los carniceros: al carnicero Stalin.

Si logran lo que quieren y España se hace comunista —porque ésta es la alternativa actual a Franco, y esto es lo que ellos desean—, todo el impacto de España sobre la América hispana será comunista. Si continúa siendo católica, su influencia será católica. Pregunto yo a todos mis oyentes, lo mismo católicos que no católicos: ¿Qué deseáis tener a vuestra puerta de atrás: una Suramérica y un Méjico cristianos o un grupo de Estados soviéticos? ¿Deseáis una repetición de la guerra civil española de 1936 en este continente, o queréis la unidad y la paz cristiana? Al fin y a la postre vuestro destino habrá de ser el mismo que el de vuestros vecinos del Sur.”

#### LA VOZ DE LA IGLESIA.

El Arzobispo Primado Doctor Plá y Daniel no quiso que la voz de la Iglesia española dejara de resonar con solemnidad y sabiduría en las horas dramáticas que han visto alejarse de los campos de Europa los jinetes apocalípticos de la guerra moderna. Graves y llenas de prudencia han sido las palabras de nuestra primera jerarquía eclesiástica en su Pastoral de 5 de mayo dirigida al pueblo fiel. En ella se recoge el sentir de la Iglesia católica sobre esta terrible guerra que ha destruido las bases de la comunidad europea y ha puesto en grave riesgo de perecer a la propia civilización cristiana de Occidente. El Arzobispo de Toledo, después de denunciar los errores sustanciales que abrigaba en su seno el totalitarismo fenecido, ha discurrido con valentía y claridad admirables sobre la guerra de liberación española, las santas y legítimas causas que impulsaron a los españoles a defender sus altares, sus hogares y su Patria, amenazados de muerte por el comunismo, y la ausencia de todo vínculo político o concatenación premeditada entre esta guerra nuestra y la mundial que estalló a poco de terminar aquélla. Invoca, finalmente, el Arzobispo Primado la misericordia divina para sanar las heridas del

mundo en la paz, y espera que España, que tan providencialmente asistida durante la contienda pudo librarse de sus horrores, desemboque normalmente en la evolución política vigente en una forma de Estado asentada en las tradiciones históricas nacionales, cimiento de lo permanente.

\* \* \*